

Ecós de un centenario

Agustín de Hipona, todo un hombre

Quisiera rendir con motivo del pasado centenario mi pequeño homenaje y tributo de admiración a uno de los hombres que, quiérase o no, más ha influido en nuestra historia y en la cultura de Occidente. Me refiero a *Agustín de Hipona*, uno de los grandes pensadores de la humanidad, junto a Platón, Aristóteles, Sócrates... Tomás de Aquino, Kant, Nietzsche, Heidegger...

Aunque la mezquindad de tantos «intelectuales» rebosantes de presunción, soberbia y vanagloria, pretendan restar méritos o negarlos en absoluto a este hombre gigante del pensamiento, como a otros muchos que han dejado una huella indeleble en la historia y en nuestra cultura, Agustín no muere, porque su pensamiento ha penetrado ya en el torrente cultural en el que vivimos inmersos, cultura occidental, y, mal que a tantos les pese, cristiana irremediabilmente. Es inútil y pueril pretender ingenuamente ocultar tantos monumentos fehacientes que alzó a través de los siglos la cultura cristiana, y tratar de enterrar veinte siglos de cultura. Es tan estulto y digno de lástima como la del ciego que intenta negar la luz del sol. O, peor aún, la del necio que cree necios a todos los demás.

Resulta ridículo el afán de algunos por destruirla, vilipendiando todo valor tradicional, en especial los morales y religiosos, que son los que, en definitiva, han dignificado al hombre. Más pronto o más tarde la sociedad, cuyas raíces se ahíncan profundamente en la cultura cristiana de siglos, reaccionará valientemente contra ese acoso insistente y tenaz, unas veces solapado, otras descarado, de tantos cabestros que pretenden conducirla hacia paraísos utópicos pretendidamente ubicados en este mundo miserable, rebosante de injusticias y atrocidades perpetradas por los mismos hombres que lo pueblan. Porque lo curioso es que no se intenta limpiar este mundo —limpio, bello en sí— de injusticias y atropellos, sino de criticar el pasado con sus injustos procedi-

mientos y conductas, pero cayendo en los mismos o cometiendo otros mayores. Tal es la realidad observable por doquier.

Ir contra la naturaleza del hombre

Sé muy bien que hoy día se niega la naturaleza estable y permanente de las cosas y, por tanto, del mismo hombre que, para muchos, con una visión materialista del universo, no es un *quien*, sino simplemente un *qué*, es decir, como en el lejanísimo tiempo de presocrático, no es un *alguien*, sino un *algo*, no una *persona*, sino una *cosa*. El manejo y la manipulación que de él se hace no demuestra otra cosa. Y sorprendentemente nunca se ha hablado más de la persona, de la dignidad de la persona, de los derechos de la persona, para, luego, tratarlo como a una cosa o, a lo más, pura y simplemente, como a un animal, todo lo evolucionado que se quiera. O como una pieza recambiable de una máquina, de la máquina de la sociedad. Abortos y eutanasias resultan totalmente lógicos dentro de esa filosofía y concepción del hombre.

Pero he aquí que el hombre aspira inevitablemente, ansiosamente, incoerciblemente a un paraíso perdido, sueña con la inmortalidad personal, como testimoniaba anhelosa, angustiosamente uno de los grandes pensadores españoles, cuyo aniversario de su muerte —también el cincuenta aniversario de su muerte— se celebró, aunque no con tanta manipulación machacante —afortunadamente— como otros.

Crear en Dios o crear a Dios

Por esta causa, el hombre, el antiguo, el moderno y el posmoderno, necesita a Dios. Y, o *cree* en el Dios que le *crea*, a su imagen y semejanza, o *crea* a un dios, a su imagen y semejanza, en el que *cree*.

El hombre está hecho por Dios y no descansará hasta que no halle en él su reposo, su descanso, su felicidad, como cualquier cuerpo no encuentra su reposo más que en su centro de gravedad. Y no se le puede detener en la caída, o se le estará violentando en su natural tendencia. Al hombre no se le llena con nada, ni se le sacia, en cuanto hombre, con bagatelas ni promesas demagógicas. El hombre es una «capacidad de Dios», y sólo con Dios se le llena a rebotar. Sólo con Dios se le aquieta. Pero no con diosillos sustitutos, como se intenta, con gran ahínco, en nuestros días.

Hasta ahora no ha habido sabios en el mundo

Maravilla oír con qué arrogancia se menosprecia y simula ignorar la herencia cultural que nos legaron nuestros antepasados, fruto del trabajo intelectual de los grandes pensadores, artistas y científicos que vivieron en los siglos pasados, herencia de la que disfruta el hombre actual, muchas veces con la misma ingratitud con que el hijo desagradecido goza de la herencia que le dejó su padre a base de tanto esfuerzo y sudores.

Y es que, a veces, recibe uno la sensación, al oír a tanto seudointelectual dogmatizar sobre todo lo divino y lo humano, que el mundo acaba de ser creado, que la humanidad nació antes de anoche, y que todo lo que ven nuestros ojos, disfrutan nuestros sentidos y goza la sociedad consumidora, apareció hace algunos años por arte de birlibirloque, y que la Medicina, la Física, las Ciencias surgieron hace una década en el estado de desarrollo en que hoy, felizmente, se encuentran. En definitiva, parece que pretenden hacer creer que hasta el momento presente no ha habido sabios en el mundo, ni siquiera unos pocos, como decía Fr. Luis de León, y que más bien tiene razón el que dijo que «*numerus stultorum infinitus est*»; pero solamente hasta ahora. Por eso todos los grandes filósofos y científicos que han admitido la existencia de Dios y la transcendencia han sido y son unos pobres hombres, ingenuos, ignorantes, creedores y creadores de mitos, dignos de lástima, en una palabra. Hasta ahora no ha habido sabios en el mundo. No se ha creado aún la Filosofía. Se vive aún plenamente en una época de mitos y tabúes, que hay que destruir a toda costa. La humanidad no debe seguir engañada respecto a sus creencias ni a sus apetencias sustanciales.

Tengo para mí que, más que frente al *homo sapiens*, nos encontramos frente al *homo ignarus*, al hombre orgulloso y engreído, al hombre necio, al *homo insipiens*, que «dice en su corazón que no hay Dios», no porque no crea en Dios o porque crea que no cree en Dios, sino porque «no quiere creer en Dios», que, como diría Unamuno, es la mayor de las estulticias o necedades.

Uno de los pocos sabios que en el mundo han sido

Uno de los más grandes pensadores de la humanidad, un hombre respetado, admirado, estudiado y citado por todos los grandes filósofos posteriores, de forma explícita o implícita, desde Descartes a Heidegger, Pascal o Galileo, Petrarca o Rilke, Unamuno o A. Tovar, Pedro Laín Entralgo... o Leopold Senghor... es Agustín de Hipona.

Despojémosle de la mitra y del báculo e incluso de la aureola de santidad que le constituye en el «más sabio de los santos y el más santo de los sabios», y

quedémonos con el hombre. Con el hombre sólo. Porque Agustín es *todo un hombre*: un hombre honesto consigo mismo. Un hombre honrado y sincero que busca ansiosamente durante toda su vida la Verdad. Esa Verdad que «no es mía ni tuya para que sea de todos», como él mismo advierte.

Buscador inquieto de la Verdad

Agustín sabe, por experiencia de buscador inquieto y angustiado de la Verdad, por los más atractivos campos y escuelas o sectas filosóficas y religiosas (escépticos, epicúreos, neoplatónicos, maniqueos, académicos), que nadie la posee totalmente, puesto que, como toda entidad participada en el hombre, es parcial, individual, finita e imperfecta y, moldeada por el sujeto pensante, es decir, subjetivada, condicionada, y que ya es, por tanto, «mi verdad», o «tu verdad» o «su verdad».

Pero Agustín está convencido o, mejor, llega al convencimiento, tras un largo itinerario penoso, pero honesto y sincero, de que, contra las doctrinas de los académicos, se puede alcanzar la Verdad. Para ello camina apoyado en la razón y en el corazón (que también tiene sus razones, como dirá más tarde Pascal). Y razón y corazón avanzan juntos «per vicos et plateas quaerens veritatem», buscando, en definitiva, la verdadera felicidad.

Razón y corazón

Agustín es un hombre equilibrado. Es una inteligencia privilegiada, una de las cumbres más altas de la humanidad, pero al mismo tiempo, quizás el sabio más accesible por su ardiente corazón, porque es el más humano de todos los santos. No mama la santidad en la leche de su madre, aunque ésta sea una madre santa, ni mucho menos es santo «ab utero matris suae» (desde el vientre de su madre). Agustín conquista la santidad a fuerza de sinceridad y recorriendo los caminos más tortuosos y escabrosos de la vida humana. Pero, cuando «peca», no peca por maldad, sino por debilidad. Y con toda honestidad reconoce sus yerros. He aquí la clave de su hombría. Por eso es todo un hombre. Por eso no pierde la onda. Por eso no puede uno por menos de admirarle y sentirse atraído por su personalidad. Por eso es un hombre psicológicamente equilibrado. Usa la inteligencia para alcanzar la verdad, que es su objeto, y pone el corazón, la pasión, en busca de la felicidad, o el bien, que lo es de la voluntad. Las pasiones, racionalmente ordenadas y dirigidas. Si acaso pudiéramos observar un pequeño desequilibrio en la balanza, sería en el platillo del corazón. Le domina el amor. Le vence el amor. Lo antepone en el orden lógico a la inteligencia. De ahí que afirma, platónicamente, que «nosotros

existimos porque Dios nos ama», no «nos ama porque existimos». O también, que «no se conoce lo que no se ama» (*nihil cognitum quin prevolitum*), frente al no se ama lo que no se conoce, aristotélico. Unamuno también apostará por el principio agustiniano.

Agustín, consecuente con esa idea que brota de su inteligencia o que, seguramente, florece en el tallo de su experiencia y tiene su raíz en el corazón, se lanza en pos de la Verdad, corre en su búsqueda, porque la ama de antemano. La ha intuido en su interior, en su corazón, que es donde habita, y se lanza a su encuentro intelectual. Es un apasionado amante de la Verdad y un buscador incansable de la misma hasta dar con ella y abrazarla amorosamente.

Amar y ser amado

El corazón del hombre está hecho para amar y ser amado, que es muy distinto de «hacer el amor». Yo no creo que el amor «se haga». Me parece que el que inventó esa frase y la siguen utilizando, están profanando el amor. Creo que sólo tiene un significado eufemístico. Confundir amar con hacer el amor es confundir al hombre con un animal, aunque, naturalmente, el animal tampoco «hace el amor». El animal simplemente copula, fecunda a la hembra.

Quizá se ha llegado ya a lo más profundo de la degradación de la sexualidad y se ha advertido que la sexualidad entendida simplemente como «facultad de hacer el amor» no tiene nada que ver con el verdadero amor humano. Porque creo que la sexualidad es parte del amor, una dimensión del amor, precisamente por ser también un factor humano, porque el hombre es una unidad constituida por dos realidades —alma-cuerpo, materia-espíritu, o como quieran denominarse. El hombre es (ciertamente un *animal*, *ciertamente*; pero también ciertamente *racional*. Y el hombre, siempre y cuándo actúa como hombre, actúa y se comporta racionalmente.

Por eso, creo, que hoy ya se comienza a hablar de una *contrarrevolución sexual*, como reacción frente a la *revolución sexual*, que es mucho más antigua de lo que se cree hoy. Y resulta curioso que como en otros frenazos que registra la historia, se da como causa, o mejor, una de las causas, también hoy día, *el miedo*. «Esto cuenta, desde luego —escribe el Dr. Botella Llusia—, pero también hay —esto es muy importante—, muy noble y muy positivo— un renacimiento del amor romántico. Las nuevas generaciones empiezan a querer menos sexo y más ternura». Menos «sex» y más «love», como distinguen los ingleses. «Muchos chicos y chicas de hoy —añade—, jóvenes llenos de juventud y de gracia, se enamoran, leen o escriben versos, oyen música o cantan. Cantan sobre todo ese himno a la vida humana, que es la pureza del amor».

Todo un hombre

Vivió hace muchos siglos su primera vida, pero sigue viviendo las otras dos —«la de la fama gloriosa» y «el vivir que es perdurable», como diría Jorge Manrique, un hombre llamado Agustín de Hipona, un tagastino, tunecino de hoy, cuya memoria permanece inmarcesible. Este año de 1986 precisamente se acaba de celebrar el centenario de su trascendental conversión o «metanoia».

Pues bien, este hombre, todo un hombre, supo amar apasionadamente pero de un modo racional. Nada de cuanto es humano le es ajeno. El amor en todas sus dimensiones fue practicado por este hombre cabal.

Agustín es un hombre que siente verdadera hambre y sed de amar y de ser amado. Ama la Belleza convertible en la Bondad y en la Verdad, allí donde quiera que la descubre, porque la belleza y la bondad se hallan en todo ser, aunque no siempre se llegue a descubrirlas, como la verdad. Por eso, realizando un autoanálisis, llega a la conclusión de que también el hombre puede ser definido como *amor*, con minúscula, participado, pero como amor. El hombre es amor, y por ser amor, es también *libertad*, pues sólo es libre, verdadera y auténticamente libre, el que ama. Dicen que el amor esclaviza, mas, paradójicamente, es el que, como la verdad, nos hace libres. Por eso, para Agustín, es una conclusión lógica el famoso principio: «ama, y haz lo que quieras».

El amor agustiniano es *amistad*, pues que dignifica al hombre, lo eleva. Es también *caridad* (amor incluso al que no nos ama), que deifica al hombre. Pero es asimismo *solidaridad* (el *yo* convertido en el *nosotros* o yo-y-los-otros). A aquel amigo del alma, que le arrebató la muerte, le llamaba «*dimidium animae meae*» (la mitad de mi alma). Y en un arrebato de reflexiva solidaridad, llega a decir a sus oyentes: «no quiero salvarme si no nos salvamos todos», como si dijera, vuestro destino es el mío, puesto que todos estamos embarcados en la misma nave, pues todos estamos «soldados» por el amor, constituyendo un todo.

Verdad y convivencia

Agustín después de muchos tanteos y afanes, llega a la conclusión de que existe una Verdad objetiva, así como una Belleza «siempre antigua y siempre nueva». Una verdad absoluta, y tantas verdades parciales, participadas por el intelecto humano, relativas, como sujetos. En la adecuación de la mente a la realidad, en muchas «corazonadas», está la verdad, es decir, «en el interior del hombre habita la Verdad».

Todo esto parecerá un tanto ingenuo, pero Agustín lo asegura con todo el

convencimiento de un hombre que fue dejando muchos jirones de vida entre las zarzas de los caminos en su búsqueda afanosa y sincera de la verdad.

Si el hombre quiere convivir con sus semejantes, es preciso aceptar y creer en una verdad objetiva, la misma para todos; es necesario que se afiancen las palabras en una realidad externa, trascendente, que sea el fundamento de toda verdad inmanente y subjetiva; de lo contrario, no podremos entendernos nunca los hombres, no podremos convivir, será imposible fiarnos unos de los otros. Nuestras palabras serán vanas, simples «flatus vocis», y nuestras conversaciones absurdos vaniloquios. Nuestros códigos lingüísticos constituirán un conjunto de imágenes acústicas o gráficas sin contenido, carentes de significado y de referente. No serán signos lingüísticos, sino sonidos o grafismos sin sentido, desconcertantes y ridículos. Imposible, por tanto, la comunicación humana. No sin razón se habla hoy de «política de gestos». Caemos en el nominalismo otra vez, en el *relativismo*, de nuevo, como principio epistemológico. Pero, entonces, lógicamente, inevitablemente, descenderemos, como por los peldaños de una escalera, hasta el *escepticismo* (nada es verdad ni mentira), para acabar en el más angustioso, desesperante y nauseabundo *nihilismo*. La náusea, la angustia existencial, el absurdo de la existencia, la desesperación: «*lasciate ogni speranza*».

Agustín siguió ese proceso «degradante»; pero, siempre sincero, siempre honesto y honrado, siempre esforzado buscador de la verdad, supo levantarse con decisión y valentía —la conversión o «*metanoia*»— cuyo centenario quiero celebrar, rindiéndole este homenaje, y seguir buscando sin desmayo («buscar para hallar y hallar para seguir buscando»), hasta descubrir la luz indeficiente, esplendorosa, cegadora, que desde siempre vislumbró su aguda mente superdotada, sobre todo dentro de sí mismo.

Descubierta esa luz, Agustín, se apoyará ahora en la razón, en el corazón y en la fe. La fe, que estalla como un fogonazo ante él, ilumina todas aquellas verdades, todas aquellas realidades que columbra en lontananza, que barruntaba su corazón tras los estrechos límites de la razón humana. Por eso, lleno de júbilo, deseoso de comunicarnos su experiencia y hacernos partícipes de su inmenso gozo, nos aconsejará a todos, creyentes y no creyentes, escépticos o agnósticos: «*Crede ut intelligas*», «cree para que entiendas».

Y este podría ser el mensaje más actual y moderno de Agustín a todos los hombres de buena voluntad, creyentes o no, en unos momentos históricos en que el desánimo, la indiferencia, el agnosticismo, el «pasotismo» se ha apoderado de los hombres, y en especial de la juventud, siempre, aun en medio de las mayores calamidades de la historia, optimista, idealista, ilusionada, generosa. Porque esto es, a mi juicio, el lamentable estado en que vive, o mejor, vegeta, la juventud actual. No cree en nada y por eso no entiende nada de lo que acontece a su alrededor.

Es la de Agustín de Hipona una invitación a hacer un esfuerzo por creer para entender la grandeza de este misterio del mundo y, sobre todo, del hombre. Porque hay que tener en cuenta que el más santo de los sabios no fue un ingenuo que creyera o creara mitos, sino un hombre que «sudó tinta», digamos en expresión vulgar, por encontrar la Verdad, y que, al fin, la halló y se abrazó apasionadamente con ella.

Agustín lanzó muchas ideas modernas

Retomemos las primeras ideas de este artículo: Agustín hoy, como tantos genios de la humanidad, es preterido, menospreciado o mezquinamente infravalorado. Naturalmente por los que ignoran su pensamiento, desconocen su doctrina y sus grandes y geniales intuiciones. Pero también, como en todos los tiempos, por los que tergiversan su pensamiento, sacando del contexto frases o expresiones que quedan, por tanto, vacías de contenido, o le atribuyen teorías o ideas totalmente ajenas al conjunto de su pensamiento, filosófico, moral o teológico.

Evolucionismo

Solamente digamos que Agustín piensa, quizá siguiendo a Anaximandro en su teoría de las «homeomerías» o el «todo en todo», pero sobre todo escrutando el libro del *Génesis*, que el concepto de creación se puede compaginar con el de evolución. Y así se adelanta en varios siglos a Darwin, aunque su teoría, su intuición, no fuera explotada, en cuanto a la evolución de las especies, en una justificación cristiana del evolucionismo, que tanto trabajo ha costado a la Iglesia aceptar, al afirmar, quizá de paso, que «los seres se desarrollan evolutivamente a partir de las ‘razones seminales’ de la materia».

Modernidad y existencialismo

Agustín ha sido llamado «el primer hombre moderno». En efecto, Agustín, como Descartes, se apoya en la duda metódica para construir su «sistema» filosófico. Había caído en la duda real, al seguir los pasos de los académicos, y precisamente, apoyándose en la duda se alzaría a afirmar la verdad de su existencia. «Dubito, ergo sum = dudo, luego existo». Descartes se apoya, en realidad, en el pensamiento («Pienso, luego existo»), es menos radical, por decirlo así, que Agustín. Quizá pueda dudar de que pienso cuando pienso, pero no podré dudar de que dudo cuando dudo.

Agustín, como Unamuno, y como toda la filosofía existencialista, se preocupa más por la *existencia humana concreta*, que por la esencia universal del hombre (y esto es el objeto del existencialismo). Le interesa el hombre concreto de carne y hueso. Y ese hombre es él mismo. Como gran psicólogo, dotado de un certero ojo clínico, y con su penetrante inteligencia, descubre al hombre en su existencia cotidiana, como historia, amasado con los tres elementos, carácter, providencia y ambiente que le constituyen en un ser no para la muerte, sino para la vida, pues que «nacemos para morir, pero morimos para nacer», nos dirá.

Pero es que, además, Agustín descubre la interioridad del hombre en la que habita la verdad. El hombre, para hallarla, no necesita salir fuera de sí. Es cierto que la visión del hombre nunca será completa y total, porque es como un pozo profundísimo en el que, cuanto más se ahonda, mayores profundidades se descubren. Pero le lleva a intuir la naturaleza humana, le conduce hasta la misma raíz del hombre, hasta descubrir esa ansia, ese desasosiego por alcanzar la inmortalidad personal en la que Unamuno pone la esencia del hombre, junto con el angustioso y trágico sentimiento de la vida, que ya no compartiría Agustín, que es más optimista, como queda dicho, respecto al destino del hombre.

Como había dicho Plauto, «soy hombre, y nada humano me es ajeno». Por tanto, lo que observa en él es aplicable a todo hombre, y lo que se da en los demás hombres se puede dar en él.

Su innegable influencia

Agustín de Hipona es uno de los grandes pensadores que más influencia ha ejercido en toda la filosofía occidental. Fue grandísima en la Edad Media. Nadie lo puede poner en duda. Pero tampoco, si no es un mezquino, ignorante o malintencionado, desconoce o la niega a lo largo de la historia moderna y actual.

Con la aparición del Renacimiento se vuelve a Agustín, y en el Barroco se puede descubrir su huella en los autores más representativos y diversos. Descartes, Pascal, Malebranche, Leibniz...

Mas su influencia llega hasta nuestros días, en el siglo XX. Son agustinianas muchas de las teorías defendidas por Berdiaeff, Soloviev, Blondel, Hesen. El personalismo de Mounier asume también muchas de sus tesis fundamentales sobre la persona humana. «Quizá sea su falta de sistematismo, unido a la viveza y sinceridad de su obra, lo que ha permitido que se conserve su pensamiento como fuente inagotable de inspiración para las más diversas posiciones filosóficas».

Agustín y Europa

Este hombre nacido en el norte de África, en el actual Túnez, que se trasladó a Roma para ser maestro de retórica de los hijos del emperador, es considerado como «uno de los creadores del espíritu de Europa», y, como acaba de escribir el gran poeta senegalés Leopold Segar Senghor, «el más importante de una pléyade de escritores y pensadores de la Berbería». Por eso sigue viviendo en nuestra cultura como los grandes pensadores helénicos y arábigo-bereberes.

Nuestra cultura occidental tan denostada hoy por algunos, es una amalgama de culturas (cristiana-judeo-musulmana), amasada de tal forma que la penetración de unas y otras constituye nuestro patrimonio cultural específico y ha conformado nuestra idiosincrasia de españoles. Pienso que va a resultar vano el intento de aquellos que pretenden eliminar el elemento cristiano que es el que, en definitiva, ha subsumido los otros, asimilándolos en una síntesis indivisible.

«Sin los africanos (escritores y pensadores), en especial san Agustín —continúa Senghor— el cristianismo se hubiera convertido bajo la influencia de la razón analítica, en un sistema racional de fórmulas y de prácticas análogo a la religión romana. El obispo de Hipona le restituyó su alma, su espiritualidad, haciéndole retornar a sus raíces semíticas, gracias a que pensó de nuevo e hizo revivir las ideas de la *caridad* y del *Verbo* creador que son africanos. San Agustín es quien hace la simbiosis más dinámica de la razón discursiva y de la razón intuitiva: «Cree para entender y entiende para creer». Al extenderse hacia el Occidente la civilización árabe, Marruecos y Andalucía continuaron la obra de emancipación y de desarrollo cultural. «... Siete siglos más tarde, en plena dominación musulmana, el cordobés Averroes intenta de nuevo la conjunción de la razón y de la fe, en la perspectiva de Plotino y Agustín...».

Esto no quiere decir otra cosa que la cultura helénica, de la que somos herederos los europeos ha llegado a nosotros principalmente a través de los pensadores africanos, arábigo-bereberes, cristianos o musulmanes, y de los grandes filósofos musulmanes españoles. Y entre aquellos, el nombre de Agustín, nacido en Tagaste de Numidia, cerca de Cartago, en lo que hoy es Túnez, es «el más importante».

Amor y libertad

¿Que Agustín ha dado origen a una moral represiva, burguesa, anticuada, como se nos quiere hacer creer? Agustín ha sido fuente de muchas ideas

consideradas erróneas, heréticas, que quizá no lo sean tanto. Precisamente se deba a no estar sistematizado su pensamiento y tratar simplemente muchas veces de soltar la liebre. Son muchísimas las ideas que encierran sus obras, unas más explícitas y claras, otras insinuadas, implícitas y oscuras. Pero estoy seguro de que el conjunto de su obra no permite hacerle decir tantas cosas, a veces tan contradictorias, como se le ha hecho decir. Se ha tergiversado su pensamiento, se han descontextualizado muchas expresiones. Lo que sí es claro es que toda la filosofía, toda la teología, toda la moral, toda la historia de la humanidad —ahí está su genial concepción de la Historia en su obra grandiosa de *La Ciudad de Dios*— no tiene otro fundamento que el *amor*. El amor, ya lo hemos dicho, es uno de los constitutivos del ser humano. Es su ley de gravedad y Dios es el centro de gravedad. «Mi amor es mi peso; por él soy llevado a dondequiera que soy llevado».

Pero Agustín no es un vanilocuo ni un sofista ni un demagogo. Sabe muy bien lo que es el *amor*, pues no es precisamente ningún pacato, ni inexperto en esas lides. Todo lo contrario, pocos hombres, como él, podrán aducir testimonios y vivencias del amor a todos los niveles, desde el más humano hasta el más seráfico. Basta leer esa declaración desgarrada y sincerísima que es el libro de sus *Confesiones*. Y no las publicó en ninguna «revista del corazón», ni con inverecundos fines lucrativos, como tantas desvergonzadas «memorias» hoy día, sino para hacer bien a sus lectores, tanto creyentes como no creyentes, porque, como se ha dicho y experimentado, «a unos reforzará su fe y a otros les hará pensar sobre eso de que ser ateo o agnóstico no es cosa tan fácil».

Pero resulta que si hoy no se entiende la moral agustiniana es porque no se entiende el amor. O no la entienden quienes no entienden el amor. A éste se le ha vaciado de contenido, se le ha desnaturalizado, trivializado, hasta el punto de falsificarlo, identificándolo con el placer sensual, pansexualizándolo. Se ha desvinculado el placer del amor, quedándose sólo con aquél. El placer o gozo del amor se ha convertido en simple amor del placer. Y pienso que se goza porque se ama, no se ama porque se goza. Se puede gozar sin amar, pero no se puede amar sin gozar. Tan aberrante es pensar en una cosa sin la otra que ni el amor sin el gozo ni el gozo sin amor sería acto humano. Se trataría de acto «angelical» en un caso y de acto animal en otro. Ciertamente que, como alguien ha escrito, «el dolor es la flor del amor», pero este gran experto en amor que es Agustín, sabe que «qui amat non laborat, quia amat laborem» (el que ama no trabaja, porque ama el trabajo que el amar le produce). La degradación del verdadero amor, que es entrega total, sin reservas, hace incomprendible la frase agustiniana. Pero, «dame un amante y entenderé lo que di-

go». De lo contrario no podrá entender nada cuando se habla del verdadero amor.

No niega Agustín el placer, el gozo en el amor. Todo lo contrario; pero lo ve como consecuencia, no como causa del amor. Para Agustín amar es ante todo hacer feliz al amado, que es la manera no egoísta de serlo tú. Por eso advierte: «Si tu afán de ser feliz se convirtiera en afán de hacer felices a los demás, ¡cuánto más feliz serías!». ¿Hay algo, pues, que objetar a esta teoría sobre el amor humano? ¿Resulta, acaso, incompatible el amor humano con la búsqueda del placer que de él se deriva, incluso en el plano sexual? Sólo mentes perversas pueden pensarlo, concepciones puramente materialistas del hombre, para quienes éste es un simple animal, pueden defenderlo. El hombre, en cuanto hombre, siempre actuará humanamente. Sus actos serán humanos, racionales, y por mucho que se asemejen a los del simple bruto, estarán teñidos de una racionalidad que trasciende la función fisiológica. Si no, efectivamente, el hombre se comportará de forma irracional, realizando una función meramente fisiológica, pero no humana. Y tratándose del amor, lamentablemente sólo «hará el amor», pero ni se tendrá amor ni, por tanto, se podrá dar amor, que es lo bonito y es lo humano.

Otra de las palabras que hoy día se hallan más vacías de contenido, al ser tan manoseadas, tan traídas y llevadas, tan demagógicamente manipuladas; «cuando se habla tanto de una cosa —decía Malraux— es porque no existe», es *libertad*. Se confunde la libertad «con la noción de independencia absoluta, con ausencia de todo compromiso». Pero esto resulta del endiosamiento del hombre, de que se ha infatuado hasta el punto de creerse el dios único. Pero de esta pretensión resulta una lamentable paradoja. El hombre al tratar de vivir de acuerdo con esa gran *mentira*, nunca podrá ser libre, puesto que está esclavizado. Sólo la verdad le hará libre. Sin advertirlo se halla encadenado. El hombre que así se cree libre es el menos libre. Ahora bien, no faltan quienes aun así gritan que «vivan las cadenas». ¡Allá ellos!

La libertad humana —constitutiva del hombre— tiene una razón de ser, una finalidad, un sentido. El hombre es libre «para amar el bien y la verdad». Y amarlas libremente. Como la responsabilidad nace de «poder hacer libremente lo que tengo que hacer». Tal es el sentido de nuestra libertad. Pero descubrimos en él una paradoja: si sólo se es libre para amar el bien y la verdad, ¿dónde está la libertad? ¿Se es realmente libre? Podríamos decir que se es libre para equivocarse. El hombre apetece siempre, tiende siempre hacia el bien y la verdad. Busca necesariamente el bien y la verdad, esto es, la felicidad en una palabra. Pero en realidad es lo que él cree bien y verdad, lo que piensa que le hará feliz. Resulta, sin embargo, que todo es, aparentemente muchas veces, un bien, mas en la realidad resulta un mal o una mentira, lo que, en definitiva,

le hace infeliz. No obstante, llevado por la apariencia de bien, lo elige. Y lo ha elegido libremente. ¿Qué ha sucedido con frecuencia? Que busca sólo lo satisfactorio y apetecible a los sentidos sin detenerse a contemplarlo desde una perspectiva de racionalidad.

Agustín se debate en medio de tantos problemas como le ofrecen las realidades humanas, su misma vida le resulta agónica, de lucha tenaz y constante, y, como Virgilio, se da cuenta de que «trahit sua quemque voluptas» (cada uno es arrastrado por su deseo). Sobre este asunto escribiría una obra titulada *Sobre el libre albedrío*, y, como supo consagrar la vida a la verdad (vitam impendere verum, en frase de Juvenal), no duda en proclamar que solamente se debe exigir unidad en cuanto a la verdad, pero tratándose de lo opinable y dudoso, debe dejarse en plena libertad, y siempre y en todo debe reinar la caridad, «in veris unitas, in dubiis libertas, et in omnibus charitas», aconsejará con una de sus frases lapidarias.

Esta es su norma de vida, su comportamiento y el fundamento de su moral y de su filosofía: el amor siempre y en todo y para todos. Libertad en el campo vastísimo de lo dudoso y opinable, que es casi todo; pero también exige unidad y firmeza en la aceptación de la verdad, y esto porque cree en la verdad objetiva, auténtico y sólido fundamento de la convivencia humana, de la mutua confianza entre los hombres. Pues de lo contrario, ¿cómo podremos fiar de la palabra de los demás, ni de jueces ni magistrados, si las acciones son buenas o malas según quien o quienes las realicen y no en sí mismas, objetivamente? La justicia, la ética, la política, resultarán acomodaticias, caprichosas, y cualquiera puede estar haciendo un juego de logomaquia cuando se dirige a otro en lugar de expresando su sincero pensamiento.

Y para terminar estas reflexiones hechas al hilo de la admiración que me causa la lectura de la obra de este gran hombre, gigante del pensamiento y hontanar inagotable de ideas, sugerencias e intuiciones geniales, quiero dejar aquí una pregunta, para que alguien me la conteste, que me he planteado siempre que escucho alguna insensatez o soy testigo de afirmaciones categóricas y dogmáticas precisamente contra el «dogmatismo» contra el que dicen combatir. ¿Cómo es que han creído en Dios tantos genios y grandes pensadores como nos han precedido, si ahora resulta que todas las realidades de tipo religioso hasta nuestros días era pura mitología y superstición? No tenían razón aquellos genios. También hay que incluirlos en el número infinito de estultos. Se equivocaron los pobres crédulos e ingenuos. Ha llegado el momento en que los hombre actuales, más listos, más sabios, han descubierto una verdad absoluta que ilógicamente niegan. No existe la verdad absoluta, pero lo que afirmo yo es la verdad que hay que acatar sin resistencia. El *homo sapiens* aparece en nuestros días. El anterior ha sido el *insipiens*.

Pero resulta que, según el libro sagrado, «necio es el que dijo en su corazón: no hay Dios», es decir, no el que cree que no hay Dios, ni el que no cree que haya Dios, sino el que no *quiere* que haya Dios, según el comentario de Unamuno. Sólo el hombre necio puede querer que no haya Dios.

Luis GAGO FERNÁNDEZ
Doctor en Filosofía I.N.B. Alicante